

BALDOMERO GALOFRE



PAISAJE

Salón Robira (Fernando VII, 59).

JOAQUÍN AGRASOT



FERIA DE GANADO

Salón Robira (Fernando VII, 59).



## SARA

Huye Abraham á Egipto: Dios lo quiere y ya de Asiongaber toca la orilla: Y entre todo su ajuar sólo prefiere una que... esconde y cuyo fondo brilla.

De agujeros cribada está la urna y viva luz difunde y grato aroma ya en la estrellada soledad nocturna ya cuando el alba en el Oriente asoma.

Llega á un portazgo y cóbranle tributo: ¿es ámbar? le demanda el publicano: yo pagaré por él más alto fruto si os place, dijo, y respetad mi arcano.

¿Serán rubies que la tierra esconde del Yran en el fértil paraíso? decid viajero, y Abraham responde: pagaré por rubies si es preciso.

Mas el esbirro de la ley, curioso, otra vez le pregunta: ¿son acaso perlas de Oñir?—Respondele orgulloso: por perlas pagaré, dejadme paso.

Y atentando á la urna mano avara, á los ojos atónitos se ofrece en casta desnudez la linda Sara, nevado lirio que en Sichem florece.

Codicia de Moab y de Ydumea, así viajaba la gallarda esposa del gran patriarca de la estirpe hebrea como entre espinos la encendida rosa.

Dejad que marche en éxodo tranquilo el anciano guardián de su decoro y el loto azul del misterioso Nilo sirva de lecho á tan gentil tesoro.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA

## FORNOS

¡Ya verás cuando llegues á la Corte!  
¡Ya verás! —me decían en mi pueblo...  
—Irás á Fornos, el café de moda donde acude la crema, lo selecto, literatos, artistas, escritores...  
¡la espuma del saber y del ingenio!—

Pero somos los chicos de provincia bastante impresionables, y por eso, al dejar mis montañas asturianas una angustia cruel sentí en el pecho...

Y al fin llegué á Madrid, la ilustre villa, colosal Babilonia de mis sueños...

Recorrí los rincones de la Corte, admiré sus palacios y sus templos y quedé con estúpido entusiasmo embobado lo mismo que un paleta al ver bajar la bola cuando daban las doce en el reloj del Ministerio...

Todo me entusiasma; lo ve a con aire complacido y satisfecho, y pasaba las horas dando vueltas por la Puerta del Sol y Recoletos.

Hoy pienso, avergonzado, que dirían aquellos cariñosos compañeros, al ver entrar en Fornos una tarde á un tímido muchacho que, con miedo, ocupó un rinconcito en una mesa, llamando torpemente al camarero.

¡Cuántos chistes harían á mi costa, derramando sus gracias tanto ingenio, mientras yo contemplaba silencioso las figuras pintadas en el techo!  
¡Fornos! ¡Estaba en Fornos! ¡Pues poquito que había deseado aquel momento!

Adquirí relaciones enseguida; en aquella tertulia ocupé un puesto, y aprendí muchas cosas que ignoraba y olvidé las costumbres de mi pueblo.

Allí supe la vida de la Corte, allí burlescamente me dijeron que mi traje no estaba ya de moda ni lo estaba tampoco mi sombrero. Allí bebí cognac por vez primera, allí adquirí la fiebre del estremo, allí con el primer cigarro puro me emborraché lo mismo que un cochero.

Allí, al pasar artistas y escritores, mis alegres amigos me dijeron: —¡Mira...! ¡Fíjate bien! ¡Ese... es Fulano!— Y yo al verle decía: —¡Qué talento!— Allí adquirí, por fin, ideas raras acerca del amor santo y eterno, y aprendí á conquistar á las mujeres como cualquier Tenorio callejero...

Y cuando, años después, cansado, un día vi mi imagen grabada en el espejo, al mirar mis bigotes retorcidos gracias á las tenazas del barbero, y al ver que por mi porte y por mi facha casi casi parezco madrileño,

pues me cuidó del físico y procuró que se advierta en mis ropas cierto esmero; sin querer recordé la tarde aquella en que en Fornos entré como un paleta, y, agolpados, vinieron á mi mente, confusos y en tropel, dulces recuerdos de la aldea, del tiempo en que vivía sin ambición, ni envidias, ni deseos, de los seres queridos que impacientes quieren que les anuncie mi regreso; y, cuando esto pensé, vi que dos lágrimas de mis ojos, cobardes, se cayeron y antes que, avergonzado, las cubriese, mientras torpe sacaba mi pañuelo del bolsillo, en las guías del bigote, asustadas sin duda, se escondieron...

¡Ay! En estos instantes de cansancio, al ver que lucho y lucho con denuedo, y, á pesar de mis luchas, nunca logro romper la medianía en que me encuentro, abatido y sin fuerzas pienso siempre en la plácida vida de mi pueblo...

JOSÉ JUAN CADENAS

COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de FERNANDO XUMETRA

## ¡AL INFIERNO!



UNQUE á ustedes les parezca raro, yo tenía un amigo verdadero.

Nos queríamos como hermanos, más todavía, con un desinterés que rayaba en la exageración.

Pues bien, mi amigo y yo hicimos un trato originalísimo.

—Uno de los dos tiene que morir antes que el otro, —me dijo Alfredo una tarde, mientras paseábamos.

—Es lo más regular—le contesté.

—Y yo quisiera que nuestra amistad fuera más allá de la tumba fría.

—Por mí que vaya.

—Supongamos que eres tú quien muere antes.

A pesar del desinterés de nuestra amistad, confieso que aquella suposición no me dió gusto, pero la acepté como buena y mi amigo continuó:

—En tal caso, jura que has de buscarme, haciendo una escapatoria del otro mundo. Quiero saber antes de morir lo que hay por allá.

—Te lo juro—le dije muy serio—pero tú...

—Yo, á mi vez, te aseguro que si á mí me toca la china, no tardarás en verme á tu lado. Querer es poder, aún después de muertos.

A los dos años de esta conversación le tocó la china al pobre Alfredo. Murió de una indigestión de ostras y se le enterró con gran lujo.

Y ustedes no se pueden figurar lo que yo hice para llamar á mi amigo.

Lo mismo de día que de noche, me escondía por los rincones de mi casa gritando: ¡Alfredo, aquí te espero! ¿Te has olvidado de tu promesa?

Pero se conoce que Alfredo estaba muy lejos y no me escuchaba.

Por fin, una tarde calurosa del mes de Agosto, y cuando me encontraba durmiendo la siesta, sentí que me daban unos golpecitos en la cara.

Desperté sobresaltado y vi con sorpresa que Alfredo se encontraba á mi lado tan tranquilo y como si tal cosa.

—¿Como estás?

—le pregunté, todo turbado.

—Yo muerto. ¿Y tú?—me contestó.

—Bueno, para servirte;—respondí, sin darme cuenta de lo que decía.

—Por fin, he conseguido un permiso del Purgatorio, donde me encuentro por mi mala cabeza, y aquí me tienes, para cumplir la palabra que te empeñé. Ahora mismo nos vamos, para que veas lo que es bueno.

—¿Me enseñarás la Gloria?

—No hay inconveniente; pero no tiene nada de particular. Un concierto perpétuo, música celestial...

—¿Y el Purgatorio?

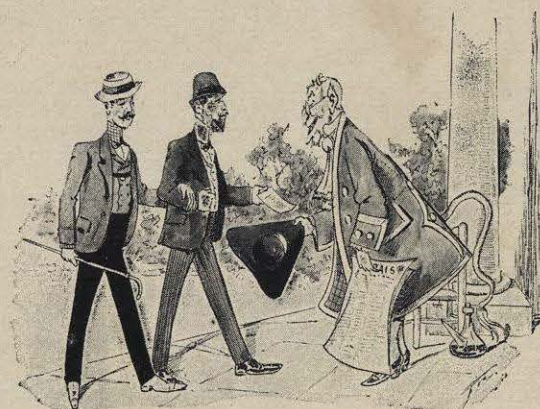
—Nada entre dos platos. Por las mañanas se entretienen en martirizarnos, y por las tardes nos dejan jugar al tresillo. El Infierno es lo que te ha de llamar la atención.

—Pues vamos al Infierno—exclamé con decisión, preparándome para efectuar el viaje.

—Andando—dijo mi amigo.—Pero antes iremos á tomar café, por última vez para mí. ¿De eso no venden por allá?

Diciendo y haciendo, salimos de casa, cogidos del brazo, tomamos el café, que mi amigo saboreó con deleite y desaparecimos por debajo de la mesa, sin pagar al camarero.

Como por encanto, nos encontramos frente á la puerta infernal.



Ustedes se figurarán que es tenebrosa; algo así como la entrada de una caverna, vomitando llamas y vapores de azufre; pues no señores. La forma un pórtico con gran escalinata, que da acceso á un edificio inmenso rodeado de un frondoso jardín, donde abunda la fruta prohibida.

Junto á una columna del pórtico se encontraba el diablo portero leyendo

El País. Al vernos llegar, se quitó el galoneado sombrero de tres picos y extendió la mano, como pidiendo el pase ó tarjeta para entrar. Mi amigo le entregó un papel; el portero lo examinó rápidamente y exclamó:

—Touristas; pueden pasar.

Lo primero que llamó mi atención fué un ruido extraño, algo así como muchos millares de personas rascando en las paredes con papel de lija

—¿Qué ruido es este?—pregunté á mi compañero.

—Son curiales escribiendo causas. El ruido que oyes es de las plumas

—¿Y cuándo salen de la oficina?

—Nunca. Por las noches les quemamos todos los papeles, y al día siguiente, vuelta á empezar. Un castigo como otro cualquiera.

Al final de una larga galería nos encontramos con una artística reja dorada á fuego lento.

—Mira—me dijo Alfredo, y me aproximé á la reja.

En el interior pude admirar un salón ricamente amueblado, donde se encontraba un vejete rodeado de bastantes mujeres guapas, vistiendo trajes de capricho.

Desde el desnudo, hasta el de reina.

—¿Qué quiere decir esto?

—Otro castigo. El viejo fué un maestro de escuela que, en vez de enseñar, se iba al café á hablar mal del gobierno, y, no contento con eso, llegó á comerse tres párvulos y un adulto.

—¿Qué horror! ¿Y esas mujeres?

—Son tipos del género chico, á quienes enseña á hablar el castellano.

—¿Y hasta que aprendan no cesa el martirio? Pues ya lo lleva largo.

En otra habitación, me quedé encandilado, al ver tanto dinero junto. Las resmas de billetes del Banco llegaban hasta el artesonado del techo, y el resto de la sala se encontraba totalmente ocupado por inmensos montones de monedas de oro. Ni un mueble más.

—¿Ves aquel sujeto que suspira en aquel rincón?—dijo Alfredo.

—Le veo y lo envidio,—contesté, sin poderme contener.

—Pues ese fué un avaro muy rico que murió de hambre, y ahora sufre igual tormento. Cada cinco días muere con el estómago pegado al espinazo.

—¿Y ese dinero?

—No le sirve de nada. Verás.

En este momento gritó el condenado:

—¡No puedo más! ¡Yo me muero! ¡Tengo mucha hambre!

Aún no hubo terminado la frase, cuando, por una puertecilla secreta, se presentó un cocinero con un rabo muy largo, llevando en las manos una fuente de oro llena de arroz que daba gloria olerlo.

—¿Qué me traes?—preguntó el recluso abriendo dos palmas de boca.

—Arroz con el gallo de la Pasión—gritó el cocinero.

—¿Cuánto me va á costar?

—Ya lo sabes; quinientas pesetas y la propina.

—No puedo, no puedo; eso es muy caro!—gruñó el avaro.

Y cocinero y arroz desaparecieron, como el Comendador.

—Vamos de aquí—le dije á mi amigo.

Después nos encontramos en una gran plaza, llena de diablos de todas clases y colores. En el centro, subido en un cajón de madera, había un hombre de larga barba, pregando licor para la dentadura.

—Aquí señores, aquí,—chillaba aquel desdichado.—No hay cosa mejor para las muelas que este licor. Mi plan es magnífico, no os engaño; y mi programa político... digo, mis proyectos, os darán á conocer lo ventajoso de este invento: yo soy el único que puedo salvarlos, votadme... digo, compradme...

—¡Fuera, fuera! ¡Embustero!—gritaban las turbas endemoniadas.

Y los chicos le arrojaban piedras, las mujeres le arañaban el rostro y los diablos grandes terminaban por arrastrarlo.

—Así le ocurre á este hombre todos los días,—siguió Alfredo.

—¿Es un saca muelas?

—Un político, que viene á ser lo mismo.

También vi las terribles calderas donde se freían pecadores de todas clases, y otra infinidad de castigos que me pusieron la carne de gallina.

Antes de marcharme, quise conocer al director del Infierno.

Mi amigo me acompañó y penetramos en un elegante despacho, donde se encontraba Don Pedro Botero, bebiendo una copa de coñac.

Después de los saludos de ordenanza y de hacerle la mar de preguntas á las que me contestó con exquisita finura, le dije:

—Hombre, me ha llamado la atención no encontrar ningún monedero falso entre los condenados.

El diablo contestó sonriendo:

—Es que ha resultado que las monedas que ellos fabrican son mejores que las del gobierno.

Al llegar aquí, una llama muy viva hirió mis ojos, á la vez que me ahogaba un humo denso.

¡Claro! Me había dejado la colilla del cigarro junto á la caja de cerillas, y si no despierto tan pronto termino achicharrado como los condenados de mi cuento.

Ilustraciones de R. FRADERA.

JOAQUÍN ARQUES